

# *DEVENIR HISTORICO DE LA CATEQUESIS Y PASTORAL ESCOLARES EN UN MUNDO SECULARIZADO*

J. J. RODRIGUEZ MEDINA.

Espero que no se me tilde de excesivamente futurista, sino de simple apreciador de realidades que están ahí, a la vista, si afirmo que asistimos a una metamorfosis profunda que afecta al juicio sobre los valores, a las personas que los encarnan o asisten activamente a su transmutación, y a las estructuras que hasta ahora se apoyaban en ellos.

Es importante sondear los caminos que se están delineando mientras los estamos recorriendo nosotros mismos con más o menos conciencia de ello. Estos caminos interesan de cerca o de lejos a la actividad evangelizadora y particularmente, en nuestro caso, a la catequesis.

Los métodos catequísticos tradicionales y las reacciones de la juventud ante ellos nos dan hoy resultados muy discutibles; las estructuras metodológicas actuales, e incluso la forma de enfocar los libros recientes de catecismo, dejan consternados y casi fuera de combate a muchos catequistas, que se sienten impotentes y desorientados, en cuanto los ojean, ellos para quienes el libro era instrumento seguro, de manejo fácil y mecánico en sus propias manos y en las de los alumnos<sup>1</sup>; en el interior de las

---

1. Véanse los últimos libros de Religión para el Bachillerato de la Editorial Bruño, o los de PPC, o bien los Catecismos Escolares editados por la Comisión Nacional de Enseñanza Religiosa.

instituciones educativas bulle malestar profundo, muy significativo si se piensa que aflora sobre todo en sus miembros mejor preparados intelectual y religiosamente; se discuten las instituciones educativas y, en todo caso, *estas* instituciones tal y como ahora funcionan; se proponen otros métodos de trabajo, otra organización de su apostolado, otra distribución y agrupación de sus miembros que les personalice más y respete sus exigencias intelectuales, afectivas, psicológicas; se reclama en los contenidos doctrinales y en la acción apostólica, la presencia de muchos valores que al parecer hasta ahora se tenían descuidados y que la Iglesia ha tomado en serio al menos en sus documentos oficiales <sup>2</sup>.

Las presentes páginas constituyen un intento tímido de reflexión sobre todos estos problemas. Pretenden en concreto describir hasta qué medida la metamorfosis a la que estamos asistiendo va a afectar a los *contenidos* y expresión de la catequesis (I), a las *personas* que se dedican a ella (II), y a las *obras o estructuras* en que tiene lugar la obra catequística (III).

## I.—CONTENIDO Y EXPRESION DE LA CATEQUESIS

Tradicionalmente el catecismo se ha entendido como la transmisión de determinados contenidos objetivos que llamaríamos *puros*, a falta de otro término mejor: la doctrina ortodoxa, las definiciones de la Iglesia, las palabras y categorías evangélicas: Reino de Dios, Jesucristo Salvador que nos viene de lo alto, gracia santificante, iniciativa divina en la obra salvífica, escatología... Todavía en las dos últimas décadas pasadas, la renovación catequística, activada por los apóstoles de la kerigmática —Jungmann, Hugo Rahner, Arnold, Hofinger, Liégé, Autores del Catecismo Católico Alemán— veían en la renovación de estos contenidos *la suprema solución* catequística para los males de nuestro tiempo.

Un poco al margen, al menos de hecho, quedaban otros valores «mundanos» en los que el hombre está profundamente inmerso. A lo sumo se presentaban aquellos valores de arriba como inyecciones que darían vida a los valores de la tierra sin entrar

---

2. Cf. la Constitución *Gaudium et Spes*.

a fondo en ellos, en su propia y profunda significación como atravesados por la luz misteriosa y omnipresente de la Encarnación en el tiempo.

Me parece que afloraban de ese modo dos mundos distintos y superpuestos, el natural y el sobrenatural. En la conciencia cristiana rebrotaba una tensión casi insoluble cuando se quería construir la espiritualidad —oración, ascesis, acción— del cristiano de este mundo. ¿No quedaba en pie, a pesar de todo, al menos existencialmente, ese dualismo que la Biblia y la Iglesia han condenado siempre? Aquella frase que todos hemos oído en nuestro tirocinio: «En la oración nos llenamos y en la acción nos vaciamos», ¿no definía una antítesis que la misma experiencia religiosa nos demuestra irreal o no viable?

Las corrientes secularizadoras actuales, la aparición explosiva en nuestro mundo de los valores humanos, la euforia del hombre actual ante sus posibilidades técnicas, la perspectiva de ser mucho más de lo que es, desentrañando sus potencialidades más arriba y fuera de sí mismo —descubrimientos siderales, técnicos...—, o dentro de sí —sicología y motivaciones profundas...—, nos están conduciendo a plantear los contenidos de nuestra catequesis según otra perspectiva: el entronque de la fe en el mundo a partir del examen de nuestra situación concreta en él. Este ha sido, por ejemplo, el objeto de una de las principales ponencias del Congreso Catequístico de Medellín, del 11 al 18 de agosto de 1968<sup>3</sup>.

Intentaré explicitarme:

La catequesis no consiste en la generalidad de los casos al menos, en transportar a este hombre, desde la nada espiritual y valoral de sí mismo, al evangelio. El hombre vive en determinado grupo humano, inserto en este tiempo y lugar, que ha asimilado una serie de valores culturales, humanísticos, espirituales, en cuyo interior se dan, sin que se tenga siempre conciencia clara de ello, reales contenidos de fe. Para el ministro

---

3. AUDINET, Jacques, *La renovación de la catequesis en la situación contemporánea*, en la obra: *Catequesis y promoción humana*. Sígueme, Salamanca 1969, pp. 23-41.

de la Palabra de Dios, esa situación es significativa: le invita a rastrear y hacer aflorar en ella esos contenidos de fe y sus capas o niveles de profundidad y de pureza. Su misión estará en ayudar a los hombres de este tiempo a reconocer, purificar y ahondar en el interior de su situación concreta el misterio de Dios que está ahí, pero que no lo está del todo o no es del todo reconocido.

El descubrimiento de la realidad exacta de esta situación es obra compleja y laboriosa, como todos los problemas humanos en los cuales se entrecruzan factores pluridimensionales de diversa índole. Compete al sicólogo, sociólogo, teólogo y pastoralista. Unos detectan, describen y definen lo más exactamente posible cuál es la situación real de este pueblo en este tiempo. La definen no sólo ciertas expresiones externas sobre todo verbales, sino los comportamientos significativos, las reacciones ante la vida y ante las situaciones límites de la existencia. Otros —el teólogo— definen el contenido religioso o cristiano de esa situación, la hondura teológica y la fuerza de la llamada de Dios<sup>4</sup> que todo acontecer humano entraña: piénsese en el libro de DANIELOU, *Los Santos paganos del Antiguo Testamento*. Los pastoralistas intentan asimilar las perspectivas parciales de sus compañeros e inducen al hombre a reflexionar sobre el sentido religioso, real o potencial, de su situación y a crear en el interior de ella su existencia cristiana concreta.

Esto significa para la escuela ópticas nuevas y más complejas que las hasta ahora consideradas: entrar de lleno en la pastoral de conjunto; establecer conexiones íntimas con los instrumentos materiales y personales más aptos para intuir la situación real de los catequizandos; conocer a fondo toda la problemática —con sus riesgos— de la situación real y vital de nuestra gente. Elementos de esa problemática son, entre otros, los intelectuales, los específicamente espirituales, los afectivos, los económicos, los que condicionan nuestra vida material, tales como el empleo del tiempo, el uso de nuestras facultades al máximum —ocios, amistades, fiestas...—, etc.

---

4. Cf. CONGAR, Ives, *El llamamiento de Dios: Ecclesia 1.371* (1967) 32. Conferencia en el III Congreso Mundial del Apostolado de los Seglares.

En resumen, la catequesis debe estar siempre como *tomando distancias* con todo cuanto esta imagen entraña; o, mejor, averiguando y creando redes de relaciones entre el misterio de Dios y el misterio del hombre, tratando de descubrir y sobre todo de realizar el empalme entre ambos misterios para establecer su unidad ideológica, y especialmente, vital y existencial.

## II.—LAS PERSONAS

En íntima conexión con la temática del apartado anterior está el de las personas comprometidas en la obra catequística, como elementos despertadores del sentido cristiano total de la situación del catequizando.

Entramos de lleno en una etapa irreversible, que supondrá la relativización de los ministros e influirá de modo decisivo en la complementariedad de la obra catequística.

Propongo algunas reflexiones:

1. La atención casi exclusiva a ciertos aspectos del mensaje —fundamentalmente los doctrinales— ha conducido a la polarización del ministerio profético en el clero, considerado como el principal depositario o dispensador de la Palabra de Dios. Sin embargo, en estos últimos tiempos la complejidad de la misión catequística nos invita a sensibilizarnos y abrirnos a otros elementos personales que, para determinados aspectos de la educación total del hombre son, o pueden ser, mucho más eficaces que el clero, v. gr., religiosas, religiosos no sacerdotes, seglares de uno y otro sexo, laicos militantes.

Habrà que estudiar, partiendo de las ciencias humanas y de la teología de la comunidad cristiana quien, en este momento o aspecto de la educación cristiana, es el ministro más adecuado y más eficaz para este joven o adulto, prescindiendo de su estado clerical, religioso o laico.

Para ello será necesario que los responsables más caracterizados en la construcción de la Iglesia tengan una especie de sentido o instinto nuevo que les permita descubrir los diversos matices, coloraciones, capas de profundidad, aspectos intelectivos, volitivos, imaginativos, sensitivos, folklóricos, trascendentes, inmanentes... que el mensaje cristiano entraña para poder

ser totalmente de Dios y totalmente encarnado en el catequizando. Esos responsables deberán calibrar después qué ministros, y en qué medida, han de incidir en tal momento determinado de la educación. Además, las estructuras y sus cuadros han de abrirse generosamente, con espíritu eclesial y con profundidad humana, a la intervención de esos ministros. Buena parte de la ineficacia de muchos centros escolares proviene de la unilateralidad de la formación que en ellos se imparte, debido a lo monolítico e incompleto del bloque de los educadores.

Seamos de ello conscientes o no, es cierto que cada persona, individual o colectiva, lleva consigo insuficiencia de plenitud y de representatividad de la realidad que pretende proclamar o evocar. Por eso, nada hay más temible que un grupo cerrado física o espiritualmente por falta de contactos con las diversas formas que la existencia tiene de encarnarse en las personas y en las cosas. Estos grupos caen irremediabilmente en la tentación de absolutizar sus formas de experiencia, de existencia, de visión del mundo de Dios y del mundo de los hombres. Resulta así ese tipo de hombre semiparanóico para quien la Verdad es *esta* verdad minúscula que hoy su temperamento afectivo, esteticista, intelectual, místico... ha descubierto. Al encontrarse con otras visiones más elásticas y flexibles de la vida, suelen caer en posturas extremas por su incapacidad de asimilarlas y de adueñarse de ellas de modo coherente y equilibrado.

2. Parece claro que se camina resueltamente hacia el nivelamiento y aproximación de los diversos sectores de la sociedad y de los estados en la Iglesia en lo concerniente a la tarea educativa. La desaparición de hábitos, distintivos en el vestir y vivir y el acercamiento en la misma forma de habitar y de trabajar, traerá consigo el que los equipos de trabajo apostólico no pertenezcan siempre a la misma institución, v. gr., religiosa, y a que los miembros de una institución puedan estar, de hecho, más íntimamente vinculados con algunos de otra u otras profesiones que con los de su propia institución religiosa, puesto que la «verdad» de la obra apostólica así lo exigirá. De ahí la importancia de examinar a fondo y sin compromisos formalistas, jurídicos o clasistas, cuáles son los hombres que en concreto, aquí y hoy, son más necesarios para la obra apostólica.

Unos serán estables, otros requeridos sólo en determinados momentos o para ciertos aspectos o facetas de la obra educativa, de la enseñanza doctrinal, del compromiso cristiano y de la interiorización vital y afectiva.

Necesitaremos buena dosis de perspicacia o sentido espiritual para ver las cosas por dentro, desde su rostro invisible y desde sus coordenadas interiores. Tendremos que integrar nuestros grupos religiosos más plena y ágilmente en el misterio de la Iglesia, atendiendo más a la funcionalidad o diaconía eclesiales de aquéllos, que a su engranaje y solidez jurídicos.

3. Es obvio que todo este estado de cosas exigirá educadores más cualificados, mucho más responsables, con más autonomía profesional e incluso económica, menos condicionados por su institución canónica, más libres de estructuras pero mucho más obligados por las exigencias internas de su trabajo a ser lo que teórica y jurídicamente son.

Incumbencia de los principales responsables de la pastoral de conjunto es aglutinar a diferentes miembros que pueden ser excelentes colaboradores, pero que circunstancias personales, históricas, temporales... han separado u orillado: piénsese, a título de ejemplo, en los valores que se malogran en ciertas instituciones educativas, a causa de la separación canónica de muchos religiosos que cambian de género de vida, pero que de hecho continúan con las mismas aptitudes profesionales y con las mismas preocupaciones espirituales que tuvieron antes de solicitar el tránsito a un nuevo estado. Es verdad y frecuente que no pocos de éstos continúan siendo más cualificados que muchos otros que permanecen unidos aún jurídica e incluso afectivamente al tronco institucional, pero que carecen de categorías humanas, religiosas, catequísticas y profesionales aptas para realizar de modo competente la obra educativa. Todo no se arregla con «estar ahí». Se requiere cierto «estilo», disponibilidad y eficacia que muy a menudo dejan que desear.

4. En esta relativización, nivelamiento y relación apostólica, los seculares descubrirán al vivo la significación profunda de los valores existencializados en el religioso por su estado de célibe, por su radical compromiso, por la entrega total de su corazón

a Dios y al prójimo mediante la obra de Iglesia, valores que hoy muchos no entienden y critican porque los miran muy desde fuera como auténticos profanos.

Para muchos miembros de la jerarquía, sacerdotes y religiosos, puede comportar cierta amargura y decepción no saber descubrir en su real significación el alcance del ministerio de la Palabra, sus verdaderas dimensiones y aplicaciones concretas en cuantos poseen la ciencia y santidad necesarias para ello, independientemente de su estado en la Iglesia y de su profesión en el mundo. ¿No radica aquí una de las causas que explica la pérdida del sentido del sacerdocio que hoy empieza a constituir problema?

Por el contrario, cuantos descubran toda la razón y profundidad del ministerio profético, el contacto con catequistas seculares supondrá la aparición de nuevas y más hondas capas de inserción en la Iglesia, el reconocimiento y encuentro existencial de facetas o niveles del mensaje que apenas pueden comunicar hombres que por oficio han renunciado a ellas; valor de la economía, de la política, del trabajo en el mundo, de la relación sexual...

5. Finalmente, la relación maestro-discípulo resultará más verdadera y real: se aquilatará más y se acercará al compañerismo, a la relación padre-hijos, amigo-amigo. Al maestro le será más fácil asistir de modo afectivo y encarnado al devenir educativo de sus discípulos y él mismo se irá haciendo y autorrealizando incesantemente por ese contacto o aproximación más natural con el discípulo y con todos los responsables naturales del proceso educativo. El disgusto por el estilo magisterial y por sus componentes —autoridad, seguridad, «magister dixit»— puede favorecer ese otro estilo en que profesor y alumno buscan juntos la verdad total y, sobre todo, el aprender a encontrarse a sí mismos, mediante la dialéctica enriquecedora de la relación interpersonal.

### III.—LA OBRA Y LAS OBRAS

La obra educativa será más científica e integral. También estará más condicionada por la dinámica de la provisional, si es cierto que hoy los problemas relacionados con la educación del hombre están sujetos a laboriosas y constantes revisiones.

Se irá haciendo mediante un estar hoy, en esta ciudad y en esta institución, con estos hombres o jóvenes, reflexionando sobre el sentido, cristiano y humano a la vez, de la situación concreta, sobre los resultados conseguidos día a día, intentando constantes aproximaciones o acercamientos a la verdad de Dios y del hombre; variando, si es necesario, de año en año los métodos de trabajo, las hipótesis de base, y reajustando el personal, si el bien mayor lo pidiese: nada definitivo, el misterio vivido cada año con caracteres nuevos, con nuevas experiencias de lo sano, condicionadas por el tiempo; todo haciéndose poco a poco, sumergidos en la inseguridad característica del hombre bíblico y del hombre de la civilización urbana actual, que cada año va, como Abraham itinerante, en busca de la llamada de Dios a un país desconocido, de la llamada de las urgencias sociales, económicas, laborales, personales...

Esta dinámica de lo provisional en la educación pedirá agilidad y flexibilidad, imposibles de no surgir un tipo de hombre nuevo. Exigirá la renovación de las personas e incluso la retirada de muchas para quienes las nuevas estructuras pondrán al descubierto vidas religiosas o apostólicas más o menos sofisticadas, cubiertas y amparadas en instituciones jurídicas protectoras que, de hecho, ayudan a vivir sin el auténtico rostro; vidas que vegetan entre la trampa, la inactividad, la irresponsabilidad, la falta de real abnegación y de inquietud apostólica y los diversos mecanismos de compensación. El hombre inepto, ineficaz, insensible a la obra de la Iglesia, comodón, egoísta... se hará cada día menos soportable, y el grupo apostólico lo eliminará por proceso natural, a no ser que se imponga la masa de los mediocres. Ello supondría, tras algún tiempo, la desaparición total de la institución, que ya se convirtió en cizaña inútil dentro de la Iglesia: es significativo que el Concilio Vaticano II prevea incluso esta posibilidad que a más de uno, hace unos pocos años, hubiera parecido inviable porque atribuían a las instituciones religiosas, sin más, carta de derecho divino.

Las instituciones educativas llamadas «de la Iglesia» —religiosos, sacerdotes, diocesanos...— están ya comprobando, y van a notarlo aún mucho más, la disminución numérica del contingente de sus miembros. Se verán obligadas a montar su engra-

naje u obra catequística con otras perspectivas más amplias: coparticipación con otros miembros cristianos, que en determinados momentos pueden aventajar en preparación y eficacia a los religiosos; coparticipación con obras que dependerán en economía, administración, autoridad... de otros estamentos ajenos a la propia institución; montaje pluralista de las instituciones; grupos apostólicos muy heterogéneos por la proveniencia de sus miembros, pero más naturales u homogéneos por la selección de los mismos para determinada obra pastoral.

Todo esto puede acrecer la eficacia de instituciones que hoy se encuentran a menudo muy limitadas en su eficacia pastoral por la aglomeración meramente jurídica, hecha desde arriba, de miembros dispares en personalidad, temperamento e inclinaciones. Va abriéndose camino de día en día en nuestras instituciones la separación, aconsejada por leyes elementales de sociología, entre la comunidad de vida y la comunidad de trabajo. Este imperativo resolvería quizás algunos problemas de interrelaciones personales que nos parecen insolubles.

Creo que todo ello supondrá etapas dolorosas de ansiedades, incertidumbres y angustias para todos. Estamos ahora empezando el proceso de los reajustes con las oscuridades consiguientes: pasos hacia adelante, hacia atrás, tanteos, aproximaciones. Exigen una espiritualidad de la espera y de la confianza en Dios, a quien pertenecen las edades, los tiempos, los hombres y la clave del futuro.

Creo que las dificultades serán aún mayores con sólo pensar que nuestras obras educativas deberán en el futuro ocuparse menos de los niños y más de los adolescentes, jóvenes y adultos. Sugiero: ¿No sería mejor ocuparse más de instituciones dedicadas a formar adultos educadores, clausurando colegios de primera y segunda enseñanza, si fuere necesario? Tenemos en España un cuerpo de maestros llenos de fondo cristiano y de la mejor voluntad; pero es doloroso comprobar la deficiente formación catequística que reciben por falta de hombres bien formados que se dediquen de lleno a la labor pastoral en las Escuelas del Magisterio o centros afines.

El terreno de los adultos es mucho menos conocido a cuantos hemos dedicado casi todos nuestros esfuerzos y experiencias e

incluso hemos forjado nuestro carácter y personalidad al compás y según la medida de los pequeños.

Los problemas que afectan al contenido y expresión de la catequesis y a las personas y obras a ella dedicadas, deberían ser objeto de revisión seria y de decisiones equilibradas que, respetando la permanencia de los valores esenciales, estudien las modalidades y condicionamientos de los valores positivos nuevos y de los mejores medios para asimilarlos. Para ello, los responsables principales de la misión profética —Obispos, dirigentes de las instituciones religiosas, centros de formación catequística...— deberían constituirse, como los organismos de la NASA o, mejor, de los sociólogos, economistas y filósofos, en cerebros de reflexión que, con tiempo y serenidad, oteen los caminos del futuro y organicen desde hoy los montajes organizativos y personales que el futuro de la educación cristiana ya nos está reclamando.

Deberían formar generaciones nuevas sensibilizadas a las nuevas situaciones del hombre que está surgiendo y tratar de recuperar a los educadores veteranos, llenos de méritos y con más capacidad de entrega y tesón que muchos elementos jóvenes que todo lo han heredado ya hecho, pero acostumbrados —aquéllos— a formas superadas e incluso contraproducentes de entender la fe, la oración, la moral, la obligación, la libertad, los valores de este mundo, las posibilidades humanas. No pocos de estos hombres han trabajado afanosa y celosamente, pero al margen o a espaldas de lo que estaba pasando a pocos metros de ellos, e incluso en el interior de esos mismos jóvenes que educaban.

La promoción humana actual, favorecida por las nuevas ideas sobre la libertad y la aceptación personal y libre de la fe, les ha arrojado en la exasperación y en el desaliento. Es obvio. Los cambios rápidos no acontecen impunemente, sin trauma ni desgarrar. Es necesario que recobren de nuevo la confianza, que renuncien consciente y oblativamente a situaciones y a modos de educar que no han de volver, se conviertan de nuevo al hombre o, mejor, a *este* hombre que Dios ha puesto en nuestras manos, aun cuando no veamos claro a dónde nos dirigimos.

Nuestra mirada debe orientarse al presente y al futuro. Volverse con nostalgia al pasado es infidelidad a Dios, que ha puesto en nuestras manos *esta* situación, no aquélla.